

Palabra, experiencia e historicidad: lecturas desde un Espacio de Primera Infancia en contextos de vulnerabilidad.

Pablo Duran (apabloduran@gmail.com)

Espacio de Primera Infancia Mons. Angelelli. Parroquia Virgen Inmaculada, Villa Soldati.

Resumen

Experiencia y novedad, a la luz de textos de Walter Benjamin y su relectura desde Giorgio Agamben corren por caminos contrapuestos. La experiencia aplaca la novedad. Experiencia y conocimiento, cercanos en un momento, se han separado. Sin embargo, ambos contribuyen a iluminar, aun como pequeños destellos, la realidad.

Benjamin denuncia la pérdida de la experiencia en la sociedad de postguerra, el silencio, la “pobreza de experiencia” consecuencia de la catástrofe de la guerra. Para Agamben ya no necesitamos catástrofes de ese tipo; es la cotidianidad presente en las ciudades modernas, la que resta experiencia. Es la incapacidad de traducirse en experiencia lo que vuelve hoy insoportable, la existencia cotidiana.

Cada acontecimiento común e insignificante puede constituirse en punto de partida para la experiencia, condensarse en autoridad, en palabra o relato. Por el contrario, para Agamben, lo que caracteriza el tiempo presente es que toda autoridad tiene su fundamento en lo inexperimentable y no es hoy válida una autoridad legitimada en la experiencia.

La infancia en el momento actual y particularmente en contextos de derechos vulnerados, es particularmente importante ser leída desde este lugar. La presentación se centrará en la relación entre Infancia, experiencia e historicidad. La palabra como autoridad y su vínculo, coproducido, con la experiencia, partiendo de Benjamin y

Agamben, se contrastará con la perspectiva que presentan textos seleccionados de autores como Silvina Ocampo y Marcel Schwob. Palabra, historia, experiencia y redención son abordados por los autores mencionados. A partir de ellos se valorará la experiencia del Espacio de Primera Infancia, Monseñor Angelelli, de Villa Soldati, pensado como ámbito de hospitalidad, que recibe e intenta promover el encuentro, la palabra y la experiencia.

1. Infancia, experiencia e historia

Privados de experiencia quedamos a la intemperie, desamparados. El presente trabajo propone un recorrido que inicia con el análisis de dos obras literarias, tomando como marco la perspectiva de Walter Benjamin y Giorgio Agamben sobre los conceptos de experiencia, infancia e historia. A la luz de este análisis, el trabajo continúa y se enlaza con la propuesta del Espacio de Primera Infancia (EPI) Monseñor Angelelli en la Parroquia Virgen Inmaculada de Villa Soldati (Ciudad Autónoma de Buenos Aires).

Un hecho particular desencadenó la presente reflexión. Una mañana, durante las actividades que allí se llevan a cabo con los niños y ante la pregunta acerca de cual historia querían que leyéramos, Ramiro respondió inmediatamente:

- “la del Mono Coco”.
- ¿Y por qué esa historia, que la contamos hace unos días?
- “Porque esa ya la conozco” respondió sin dudar.

Una frase que supera un deseo puntual y condensa vastas y complejas formulaciones.

Afirma Agamben que “Formular una teoría de la experiencia implica hacer una teoría

sobre la infancia, la que a su vez no puede pensarse anterior o independiente del lenguaje “(178).

Benjamin y posteriormente Agamben se han enfocado en el problema de la experiencia en el mundo moderno. Es particularmente la pobreza de experiencia, consideran ambos autores, lo que caracteriza a este mundo moderno. Según Benjamin “la pobreza de nuestra experiencia no es solo en experiencias privadas, sino en las de la humanidad en general”.

La experiencia entendida como elaboración y no como mera recepción y acopio de datos, como capacidad de articular los acontecimientos que registramos; el sujeto que realiza la experiencia considerado no como un sujeto individual sino sujeto colectivo; y la experiencia entendida no como algo anterior al lenguaje ni prescindiendo de él, sino hallando en el lenguaje el medio que la hace posible, son los tres elementos centrales de la concepción benjaminiana de la experiencia que claramente resalta Staroselsky y que orientarán el presente análisis.

A la luz de esos tres ejes se propone analizar dos textos seleccionados: el cuento *Icera*, de Silvina Silvina Ocampo (Ocampo, 2018) y el texto “El libro de Monelle” de Marcel Schwob (Schwob, 2012).

2. Infancia, experiencia e historia en los textos “Icera”, de Silvina Ocampo y en “El libro de Monelle” de Marcel Schwob

Icera es una niña que, junto a su madre, mira y desea ávidamente los pequeños muebles de muñeca que se exhiben en la vidriera del Bazar Colon. En su pobreza, solo le es dado recibir los pequeños regalos que por simpatía y piedad el jefe de la sección muñecas, Darío Cuerda, le regala, como “un vestido, un sombrero, guantes y zapatitos de

muñecas, averiados, que se vendían como saldos”. Icera, a fuerza de voluntad, detuvo su crecimiento y el paso del tiempo, vestida en las diminutas prendas de muñeca y posteriormente alojándose en la caja de muñecas de la vidriera, a pesar de sus ya cuarenta años.

Marcel Schwob (Chaville, Hauts-de-Seine, 1867; París, 1905) relata en “El libro de Monelle” la historia de una muchacha misteriosa y encantadora. Introduce al texto con las Palabras de Monelle; en el segundo capítulo presenta a Las hermanas de Monelle y en el tercero a Monelle misma, relatando su aparición, su vida, su huida, su paciencia, su reino y su resurrección.

Icera y Monelle, aun cuando transitan (o no) caminos diferentes, dejan indicios, metáforas, en torno a la niñez, que nos interpelan.

Ambas viven en contexto de pobreza y donde también el deseo de no crecer estaba presente. Icera codiciaba, nos dice, el juego de muñecas, deseando dormir en la exigua cama de madera y moverse entre los diminutos muebles de muñecas.

Monelle también habita en espacios de pobreza. Aunque no parece ser de allí. Schwob dice que Monelle:

“No sabe cómo llego allí. Fue un día lluvioso, en una época en que los hombres encontraron por la calle a niños vagabundos que se negaban a crecer. Niñas de siete años imploraban arrodilladas que su edad permaneciera inmóvil”.

En Icera no hay elaboración y procesamiento de lo vivido. Se presenta tenaz, persiguiendo como idea directriz el ocupar el lugar de las muñecas. Ella sola, junto a una madre pasiva, que simplemente la acompaña. Icera, nos dice Ocampo, “se le antojó que una frase que repetía incesantemente dentro de sí misma “no debo crecer, no debo crecer” y vistiendo las diminutas ropas de muñeca detendría su ilusorio crecimiento.

En forma diferente, Monelle, que se presenta inicialmente como la que esta sola, se expande, fluye, cambia en su transcurrir. Hay registro de aquello que Benjamin refería como el procesamiento inherente a la construcción de experiencia. Schwob presenta a Monelle como alguien que no crea, pero sí desmenuza; llama a la destrucción y a la renovación y niega el acostumbramiento, a que “cada vida y cada muerte parezcan nuevas y extrañas”. Mientras Icera solo busca entrar en esa casa de muñecas y allí preservarse, Monelle explora, busca y no teme exponerse: “volveré al corazón de la noche, pues es necesario que me pierdas para volverme a encontrar...”

Mientras Icera se encierra, Monelle atraviesa la noche y regresa. Monelle es quien busca niños en las calles, con sus lámparas, juega con ellos y les lleva el socorro de una llama sonriente en medio de la noche.

Igualmente, ambas se presentan diferentes frente a otro. Icera se presenta en soledad y aislamiento. Schwob presenta a Monelle como la que no tiene nombre y la que tiene todos los nombres. Monelle somos todos, dice Schwob, y es también sus hermanas, que son ella misma. Todas ellas “Atormentadas de egoísmo y voluptuosidad, de crueldad y de orgullo, de paciencia y de piedad, sin haberse encontrado aun a si mismas”.

Icera y Monelle expresan dos actitudes contrapuestas: cerrazón y esperanza, soledad y apertura, sujeto individual o colectivo frente a la posibilidad de experiencia.

Monelle cree y espera; transcurre y construye experiencia como proceso colectivo. “Y es en esos días lúgubres en los que Monelle descubrió las lucecitas humeantes ... que los niños resguardan en sus manos... En esta estación lluviosa y oscura, en este tiempo ignorado, las únicas lámparas que arden son esas lámparas infantiles. Y esas lámparas los mantiene vivos”, transformando, iluminando sus vidas.

En Monelle hay pasos y muerte, Pascua y Resurrección, porque Monelle muere y resucita. Y en su resurrección nos dice que “Todo cambia sin cesar, pero nos hemos acostumbrado al cambio y ya no lo percibimos. Nuestro error fue detenernos de esa manera en la vida y, quedándonos quietos, mirar pasar las cosas, o intentar detener la vida y construir una mirada eterna entre las ruinas flotantes”.

Y es Monelle misma quien relata que cada noche encienden un fuego en un lugar distinto y alrededor del fuego inventan historias de pigmeos y muñecas vivientes. Palabra, como medio que hace posible la experiencia.

Mientras Monelle se pierde y se encuentra, mientras resucita e inventa historias nuevas cada noche a la luz de pequeñas lámparas, Icera permanece en sus pequeños vestidos y muebles de muñeca sin crecer “por estar destinada a dormir noches futuras en aquella caja, que impidiera su crecimiento en el pasado”. No crece y no hay otro futuro que el que le espera en esa caja de muñeca. Sin procesamiento, sin sujeto colectivo, sin palabra mediadora, sin posibilidad de historia.

3. Experiencia, palabra y hospitalidad en el mundo actual

Icera se presenta bajo las apariencias del encierro y la soledad, en una repetición y sostenimiento de lo conocido, empequeñecida. Icera encontró esa forma de estar ante lo desconocido, la de sostenerse en el pequeño ámbito conocido y resguardado de la caja de muñecas.

Por el contrario, aquello que entendemos por experiencia, es lo que se nos presenta de forma inmediata aplacando, apaciguando la sensación de angustia o de inquietud ante lo desconocido. Es aquello que nos previene de ser sorprendidos por una ignorancia que

nos implica. Ignorancia que nos interpela y para lo cual no tenemos palabras que puedan nombrarlo, que se erige como amenaza y ante lo cual no tenemos palabra que ofrecer.

Esa historia la conozco; puedo contarla, nos dice Ramiro

Walter Benjamin denuncia la pérdida de la experiencia en la sociedad de postguerra, el silencio, la “pobreza de experiencia” consecuencia de la catástrofe de la guerra. Giorgio Agamben, considera que ya no necesitamos catástrofes de ese tipo; es la cotidianidad presente en las ciudades modernas la que resta experiencia. Es la incapacidad de traducirse en experiencia lo que vuelve hoy insoportable, la existencia cotidiana, plantea.

Es entonces lo cotidiano, lo próximo, la fuente de donde abreviar y de donde se hace experiencia. Acontecimientos comunes e insignificantes pueden ser punto de partida, suma, eslabón, para constituirse en experiencia.

Pero también puede ese mismo cotidiano ser incapaz de traducirse en experiencia, si ese cotidiano es la atrocidad de la guerra como lo expresaba Benjamin, o la violencia, el olvido, la pobreza, la injusticia o el mismo hecho de resguardarse en una caja de muñecas para no crecer.

Tanto la ausencia, la pobreza, como la sobreabundancia extrema, nos dejan sin palabra, privan de experiencia.

Hechos que pueden presentarse como lluvia necesaria para crecer y se constituyen en experiencia, o sequía y diluvio que terminan devastando.

Podemos dejar que Ramiro repita el cuento del Mono Coco y allí quede seguro. Como lo hizo Icera. O bien ampliar esas historias como los fuegos nocturnos que relata Monelle. Sin embargo, al contar el cuento, es el propio Ramiro quien llena su voz con palabra.

Pero las sociedades modernas nos privan en gran medida de la experiencia y hoy el lugar de la fantasía es reemplazado por el *ego cogito*. Creemos con Agamben que

“La experiencia tiene su correlato necesario no en el conocimiento, sino en la autoridad...autoridad que en el tiempo presente tiene su fundamento en lo inexperimentable y nadie estaría dispuesto a aceptar como válida una autoridad cuyo único título de legitimación fuese una experiencia.”

- Esa historia la conozco; puedo contarla, nos dice Ramiro

Palabra que lo pone en posición de autoridad; “puedo contarla”. La contracara de “condensarse en autoridad, en relato, en palabra” de la experiencia es la de condensarse en sumisión o sometimiento, sin historia ni palabra sobre la cual constituirse sujeto, ante una realidad que angustia, carente de oportunidades para la experiencia.

Ante la crudeza de la realidad y la pérdida de fantasía, sin palabra que medie, solo es posible repetir lo conocido. Y si eso es pobreza, violencia, eso se sostendrá y replicará. El perpetuo retorno de lo mismo, opuesto al progreso que implica el camino vital, se ubica del lado de la pulsión de muerte, plantea Freud (1997 (1937c)).

O bien es posible cambiar esa historia, prendiendo pequeños fuegos que iluminan la noche, como en el relato de Schwob.

Ramiro podría decirnos: El cuento del mono coco lo conozco y puedo contarlo yo.

No genera miedo, angustia ni ansiedad, porque “ese cuento lo conozco y lo hago mío” nos diría.

La experiencia es entonces refugio, bálsamo, camino que permite condensarse en autoridad, en palabra, en relato. Por el contrario, la orfandad, el silencio, la falta de palabra son causa y consecuencia de la pobreza de experiencia.

Y es cuando hay lugar para la experiencia cuando se acoge a uno mismo y al otro, mutuamente, y allí la experiencia se constituye palabra, relato, dialogo.

Y esto es aún más relevante en el niño, en el infante que es “el que no puede hablar”.

Tendrá voz, pero no palabra y mucho menos relato. Palabra y relato que se conformaran con esos otros que lo acogen. Hospedar, al infante sin palabra, al niño, como el pobre, el indígena, el migrante, el desplazado, es también la posibilidad, el ámbito para construir relato e historia.

Y si ese infante, falto de palabra, no es cuidado, hospedado, ese hablar no se desarrollará. Y ese mismo ambiente que priva de experiencia, se verá privado a su vez de la palabra de esos miles y miles de niños.

Y cuando la falta de espacios/oportunidades para hacer experiencia, cuando la violencia que paraliza y silencia se instala ante el que no tiene voz, eso mismo es violencia y orfandad.

La repetición, el sostener el relato conocido, el quedarse en la experiencia conocida, reafirma, pero al mismo tiempo coarta, limita. No permite crecer, como fue con Icera.

Hacer experiencia es entonces elaboración colectiva, alejada del subjetivismo y de la comprensión del hombre como espejo del mundo, permitiendo la posibilidad de transformarlo, ampliando su concepción más allá del ámbito del conocimiento, experiencia religiosa y experiencia estética que adquiere una potencialidad política, transformadora, como motor de cambio.

Para Agamben, en la época moderna la experiencia se da fuera del hombre. Creemos que los espacios de hospitalidad son os que realmente permiten constituirse en espacios de experiencia, que el procesamiento, se de en el interior, se traduzca en palabras y relato, en comunidad.

La privación de experiencia nos priva de infancia, de lenguaje, de historia. Lo que ponemos en el EPI es la construcción de ese ámbito que permite pasar de individuos a sujetos, a través de la experiencia, construyendo historia.

4. Espacio de Primera Infancia Monseñor Angelelli

El EPI Monseñor Angelelli comenzó a funcionar informalmente hace algo más de un año con el propósito de brindar un espacio propio a los niños cuyos padres asisten al Hogar de Cristo Juan Pablo II, y San Expedito de Villa Soldati. Hoy es un espacio consolidado, orientado a ver a los niños como sujetos de derecho que requieren de un cuidado particular. No se trata de un espacio vacío, de guarda o de contención o entretenimiento, mientras sus padres realizan sus actividades en los Hogares de Cristo. Se orienta a promover el cuidado de su salud, desarrollo y apego con sus cuidadores, desde una perspectiva de cuidado cariñoso y sensible. El propósito es brindar -hospedar- desde una perspectiva que contribuya a la construcción de experiencia en el sentido antes planteado.

El EPI busca contribuir a desplegar y alcanzar sus potencialidades durante los primeros cuatro años de vida, como periodo crítico con implicancias a lo largo de toda su vida. El cuidado de su salud, nutrición, desarrollo o vínculo con sus cuidadores, así como de aquellas condiciones particulares que requieran de intervenciones específicas.

Entendemos que es un cuidar, hospedar al niño, como sujeto de derechos, a sus familias, a las mujeres embarazadas, como camino para efectivo ejercicio de los derechos, para reducir las desigualdades tan profundas existentes hoy en nuestras sociedades. Un espacio para el cariño, palabra e historia.

A partir del trabajo de un equipo que se ha ido conformando desde diferentes saberes, se desarrollan actividades planificadas y se brindan espacios específicos para la valoración

de la salud y desarrollo de los niños, la estimulación y promoción del juego y desarrollo, una biblioteca infantil, juegoteca, actividades de socialización, juego de roles, títeres y taller de títeres, (Proyecto LeTI – Lectura y Teatro Infantil. Este espacio promoción del desarrollo y su imaginación, a partir del juego, la lectura y el teatro.

5. Conclusión

Privados de experiencia quedamos a la intemperie, desamparados. Hospedar, particularmente a quien aún carece de la palabra, es brindar el espacio para la experiencia, es cobijar y abrigar.

Contribuir a procesar y transformar “la vida como viene”, como sujeto colectivo y mirando la propia individualidad, haciendo de la palabra el medio para construir la propia historia. Tal es la mirada que Benjamin propone y que Monelle relata. Es también la propuesta desde el EPI Monseñor Angelelli.

6. Bibliografía

- Agamben, Giorgio. Infancia e historia. 2da Edición. Buenos Aires. Adriana Hidalgo editora, 2007. Impreso.
- Benjamin, Walter. “Experiencia y pobreza” [1933]. En Discursos interrumpidos I. Madrid: Taurus. 1998, pp. 167-173. Impreso.
- Freud, Sigmund. Freud S. Más allá del principio del placer OC XVIII 1920; 1-62. Buenos Aires, Amorrortu, 1976. Impreso.
- Ocampo Silvina. “Icera” Cuentos Completos. Buenos Aires: Emecé, 2018. 448-452. Impreso.
- Schwob, Marcel. El libro de Monelle. Madrid. Demipage, 2012. Impreso
- Staroselsky, T. (2015). Consideraciones en torno al concepto de experiencia en Walter Benjamin. X Jornadas de Investigación en Filosofía, 19 al 21 de agosto de 2015, Ensenada, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.7648/ev.7648.pdf